XX

LAS MISIONES CATÓLICAS

He ofrecido hablar de este pabellón, tan interesante para nosotros, que somos católicos y necesitamos que nuestro catolicismo, manifestándose como fuerza social, nos auxilie y nos acompañe por el camino de la rehabilitación. Ya sabemos cuánto aprietan aquí los católicos en el terreno de la enseñanza: veamos ahora de qué modo se presentan en el de la propaganda evangélica.

El Gobierno reconoce la utilidad de las Misiones, que relacionan á Francia con los países más apartados y preparan las vías del comercio. A su vez, los misioneros, estén ó no conformes con la marcha del Gobierno, se sienten, no sin cierto orgullo, franceses; parte de una patria que ante todo desean grande y gloriosa. La intimidad estrecha de Francia y sus colo-

nias se afianza por los misioneros también. El pabellón de las Misiones católicas es comentario de otros pabellones que acabo de visitar y que demuestran la actividad colonizadora de la nación: el admirable pabellón de Argelia, el de Túnez, los del Senegal, Sudán, Congo, Dahomey, Costa de Marfil, Madagascar, Indo China... porque, á la callada y sin alardes absorbentes, Francia va extendiendo sus dominios en Africa y Asia, y consagrando á sus colonias esa solicitud, sin la cual se afloja el lazo y al fin se rompe.

El pabellón de las Misiones, en el Trocadero, cerca del de las Colonias portuguesas (Portugal tiene un pabellón para sus colonias, y por cierto muy bien instalado) es un edificio de estilo moderno, como si su misma arquitectura quisiese expresar que la Iglesia se adapta á las necesidades y exigencias de los tiempos presentes. En el piso alto, á la entrada, recibe á los visitantes, y se diría que les bendice, el retrato de León XIII, firmado nada menos que por Benjamín Constant. El público en este pabellón es el mismo público especial que ya encontré en las instalaciones escolares de los Hermanos de la Doctrina cristiana: señoras viejecitas vestidas de negro, mucho cura, algún religioso. Ante las vitrinas se oyen exclamaciones fervientes, dichos sencillos, frases de candorosa admiración. Una anciana paralítica, conducida en un sillón de ruedas, se detiene al pie del retrato del Papa, y moviendo los labios acaso reza en silencio. El Papa sonríe, con esa sonrisa intelectual,

agudísima, expresión peculiar de su rostro.

Y empieza el desfile de testimonios: fotografías, planos, cuadernos, libros, retratos, mapas, itinerarios, documentos relativos á las Cruzadas, vistas de mezquitas del tiempo de San Luis... Se pierde la cuenta de las gramáticas, diccionarios, catecismos é Imitaciones de Jesús, en cien idiomas extraños, alguno de ellos destinado á desaparecer, y del cual sólo quedará memoria por haberlo recogido los misioneros. No me refiero, claro es, al árabe, al caldeo ni al siriaco, que al fin son lenguas literarias, sino á los obscuros dialectos monosilábicos de las islas de Oceanía, ó á los idiomas desconocidos que se emplean en el Círculo polar.

A continuación labores, trabajo de las neófitas, y modelos de hospitales, dispensarios, iglesias, casas-cuna, escuelas y asilos: lo que se ha podido erigir con destino al culto ó á la beneficencia en tierras remotas. Y los productos naturales de las colonias misioneras, y los cachivaches raros y curiosos que dan idea de las costumbres. Entre éstos veo un *tenedor para carne humana,* procedente de las Islas Fidji. ¡Siniestro tridente de agudas púas larguísimas, y extraño refinamiento de caníbales pulcros, que no quisieran engrasarse los dedos! El misionero que recogió ese tenedor debió de pensar para su hábito que así pudo ser pinchada su propia carne en un festín de antropófagos... Al lado del tenedor, el elegante manto de plumas de un jefe maorí. Después piraguas, armas, reptiles, mariposas, la tabaquera de la reina

Ranavalona y el collar y el cinturón de amuletos de un brujo: cosas que en la Edad Media se quemarían, y ahora se conservan y se enseñan para testimonio de la insaciable credulidad del hombre. El espíritu de tolerancia y de ilustración, patentizado en la conservación de esos amuletos, se revela también en la colección de ídolos, de fetiches y de Budas que los misioneros no sólo presentan, sino venden: han pasado los tiempos en que se rompía el ídolo; hoy esas curiosas figuritas de Buda, con su expresión beatífica y su elevada mitra, se respetan; son arte y son enseñanza. Entre los ídolos expuestos en las Misiones, los hay hasta obscenos, á la manera ingenua é inofensiva que pueden serlo los ídolos. No por eso un pudor mal entendido ha dispuesto retirarlos. Al fin, mucho de Museo etnográfico tiene el pabellón de las Misiones.

Otra observación interesante es fijarse en cómo se acomodan y flexibilizan los misioneros para adoptar los trajes, costumbres y aire de los países en que ejercen su apostolado. Aquí contemplo fotografías de misioneros vestidos de esquimales, hechos unas focas, en el glacial país de los *Pieles de liebre*, y les veo con casco de paja y *complet* blanco, semejantes á ingleses turistas, en el Senegal y el Congo. Reparo en un altar del culto católico, en China, donde no creeríamos reverente decir misa, y sólo transigiríamos con utilizarlo para tocador. Cubierto de sedas bordadas de flores; decorado con un espejo de laca; envueltos los cirios en farolillos de iluminación,—aquel altar nos quitaría la devoción á nosotros. No se la quita á los chinitos vestidos de amarillo y con luenga trenza colgante que se arrodillan al pie. Y es que ese altar juguete es el oratorio clásico de China y el Japón, donde budistas y sintoistas queman sus barritas de perfume y sus papelillos dorados. Ponedle una cruz... y será bastante.

El escaparate más admirado de la sección es el que contiene la figura de cera, de tamaño natural, de un sacerdote católico chino. Al pie, en un tarjetón que blasona, para más color local, escamoso dragón verde, se lee la estadística de la propagación de la fe en ese país donde hoy se ventilan tan graves asuntos. A principios del siglo había en China cinco establecimientos de misiones; hoy existen cuarenta, y *cuatrocientos* presbíteros de trenza larga, como el que aquí se luce en efigie, elevan al cielo la Hostia. La casulla que ostenta este presbítero semeja caprichoso pañolón de Manila; su bonete, de extraña forma, es un ascua de oro; el libro que hojea muestra abierto los extravagantes caracteres del alfabeto chino. A nosotros no nos parece curita, sino fastuoso mandarín.

No lejos, una conmovedora fotografía en el escaparate de los Hermanos de la Doctrina Cristiana: el grupo de huérfanos recogido por los Hermanos en Trebisonda, después de las degollinas de Armenia, el año 1895. ¡Qué escenas de horror habrán nublado los ojos de esas criaturas tranquilamente agrupadas en el patio del asilo! ¡Qué voces de ferocidad, qué últimos ayes de padres y de hermanos resonarán en

sus oídos todavía! Algunos de ellos, como el niño griego de la oriental de Victor Hugo, sólo pediría á los Hermanos, cuando le extrajeron de entre los humeantes escombros de su casa, devorada por el fuego, que le diesen pólvora y balas. Los Hermanos ofrecen á estas abandonadas criaturas instrucción y pan.

La instalación de los lazaristas tiene una nota artística; presenta libros ilustrados y objetos muy ricos de esmalte y bronce. Los franciscanos de Belén, incrustaciones de nácar. Los maristas, colecciones científicas (exposición seria y de fundamento.) Y para recordar que este pabellón no presenta únicamente frutos de la actividad y del trabajo, sino de la gracia santificante, á veces encontramos el busto de un mártir ó el grupo en bronce de un franciscano y un leproso. Los dioramas del piso bajo narran los anales de la mortificación y del martirio. A la puerta, hace guardia la estatua del bienaventurado Perboyre, estrangulado en una cruz. Alrededor de la sala, cuadros de suplicio: el del vicario apostólico de Argel, atado á la boca de un cañón; el de monseñor Borie, decapitado en el Tonkin, de siete sablazos. Vemos también á las monjas de blanco ropaje curando á los leprosos, y á los oblatos y lazaristas catequizando y enseñando. Nada se ha omitido para dar idea de la dura labor del misionero, enviado extraordinario de la fe, que, sin pretenderlo ni rehusarlo, se lleva enredada en los pliegues de la túnica la semilla de la civilización y de la fraternidad internacional.

XXI

ADELANTE

Aunque no soy aficionada á esta clase de estudios, no ignoro, ni es posible ignorar, los milagros de la mecánica y de la física, que en la Exposición entran por los ojos, convenciendo hasta al más rudo y reaccionario. Marchamos, nos precipitamos, volamos hacia estados mejores. Por agradecimiento, aunque no fuese por otro motivo, estamos en el deber de echar algún requiebro á la electricidad. Es muy bueno el antiguo rayo. Nos dispensa mil favores. Nos lleva en ferrocarril; nos pasea en automóvil; en el horno dora los bizcochos que merendamos; hace andar la acera movible, que evita largas caminatas para trasladarse de un Palacio á otro; pone en acción los innumerables y potentes ventiladores subterráneos y abanicos aéreos, que refrescan el aire, quitan la sofoquina